

REVISTA GALAICA.

Año I.

Ferrol 15 de junio de 1874.

Núm.º 3.

Al formular nuestra teoría sobre la naturaleza del Ser Supremo en la Historia de Galicia, fué de una manera sumamente incompleta, pues teníamos que luchar con nuestra incapacidad intelectual para exhibir luminosamente una idea tan elevada, con la opresión teocrática y oficial que entonces proscribía la libre emisión del pensamiento, y con la susceptibilidad religiosa de nuestro editor. Confesamos sinceramente que, al constituir la Historia de Galicia, estábamos muy lejos de significarnos jamás como deistas,—y que todo lo subordinábamos al objeto noble y santo de escribir nuestro libro, no escrito hasta que nosotros lo escribimos;—pero de los mismos acontecimientos históricos que consignábamos surgió con más vehemencia que nunca la teoría de la naturaleza del Ser Supremo; tanto, que no pudiendo dominar esa misma vehemencia que iluminaba nuestro ser con ráfagas de esplendorosa luz, llegamos á mirar la historia como cosa secundaria, y no aspirábamos á más que á reflejar en la sociedad de nuestros días aquellas ráfagas de luz que nos inundaban. Nuestra posición vino á ser en algunos períodos falsa é insostenible para nosotros mismos; el amor á Galicia por una parte y el amor al verdadero Dios por otra, dividían nuestra inteligencia, la ponían en desviación, como dicen los astrónomos, y girábamos algunas veces como un planeta errante, fuera de nuestra órbita, sin ser historiadores ni teistas auténticamente, y sí un pálido conjunto de pálidas significaciones. Dimos por fin término á la Historia de Galicia,—y entonces, dejando ya á un lado uno de nuestros objetivos, el otro volvió á concentrar en sí nuestra intelectualidad completamente:—concluía el historiador y principiaba expléndidamente el filósofo.

Pero ¿cómo publicar aquel embrión de vívidas y centellantes ideas que se agolpaban en confusión á nuestra mente noche y día? ¿cómo modelarlas y en que turquoise? ¿cómo darles calor, luz y sombra para exhibirlas con la amplitud y magnificencia que demandaban, cuando toda idea nueva que se arroja al público tiene que luchar con

infinitos inconvenientes? La empresa nos aterraba. Formular nuestra teoría en un libro, nos era imposible, porque la profusión de ideas, por su misma profusión, se resistía á toda fórmula concreta, serena y ordenada. El dique de la reflexión, no podía siquiera contenerlas: ellas se agolpaban á la mente con múltiples y variadas formas; ellas demandaban con fuerza luz y horizonte; y ellas por fin se desbordaron en pequeños artículos, cada uno de los cuales bastaría para que un autor alemán hiciera de él un libro.

Entonces—con aquellos artículos escritos—fundamos esta revista quincenal. De este modo, vendría el debate razonado, la polémica decorosa; publicaríamos esos artículos, y seríamos contestados;—y si estábamos en un error, la controversia nos iluminaría y confesaríamos el *mea culpa* hidalga y dignamente. El pensamiento, pues, que precedió á la publicación de LA REVISTA GALAICA, como ven nuestros lectores, no pudo ser más noble.

Publicado el primer artículo en el número anterior, al segundo día nos encontramos con dos refutaciones: una del Sr. D. Aurelio Tyr y otra de un eclesiástico conocido. Pero vimos con dolor que en ambas refutaciones no se nos había leído para el caso, ni se nos había comprendido, pues contrayéndonos á la del Sr. Tyr, lejos de tratar de desalojarnos de las posiciones que habíamos ocupado al iniciar el debate, lejos de pulverizar nuestra definición sobre la naturaleza del Ser Supremo, Tiempo y Espacio, formula su definición del Tiempo, diciendo que para él es: *la expresión de la continuidad de las transiciones sucesivas de los seres*. Es decir, que para este señor, no existiendo seres, no existe el Tiempo;—y ya ven nuestros lectores que cuando para nosotros el Tiempo es *per se* y puede ser independiente de los seres, como lo es efectivamente en el orden espiritual, la discusión ya no puede tener lugar entre ambos, puesto que al partir de dos creencias sumamente distintas, no desalojándonos antes de nuestra trinchera mal puede el Sr. Tyr ilustrar el debate. Nosotros nada tenemos que ver con lo que piense Victor Hugo,

por ejemplo, sobre el Tiempo, ni la academia de ciencias morales y políticas, ni el último gañan; y por lo mismo, nos tiene sin cuidado saber la opinion del Sr. Tyr sobre este punto. Nosotros, como autores de una idea, nos colocamos con ella frente á frente de la sociedad, tomamos posicion y la publicamos: á la sociedad, pues, ó al individuo que trate de ser la expresion de su sabiduría, corresponde desalojarnos de nuestra posicion evidenciando científicamente el error que entrañe nuestra idea. Nosotros decimos: el Tiempo y el Espacio constituyen un solo espíritu puro, naturaleza del Ser Supremo. Este espíritu puro es increado y creador. Es eterno é infinito. Nada puede ser sin él, y él puede ser sin la creacion, su hechura. No puede ni pudo haber SER alguno superior á él, puesto que tenia que participar de su naturaleza Tiempo y Espacio, etc.

Destruya, pues, el Sr. Tyr cualquiera de estas afirmaciones y las que hemos de consignar aún. Para entrar en debate, no nos diga lo que él piensa del Tiempo, que eso no nos supone nada. *Prúebenos que el Dios IDEAL de los católicos, ó de cualquier religion, ó de cualquier ciencia, PUDO Y PUEDE EXISTIR SIN TIEMPO Y SIN ESPACIO,* —y entónces nos verá descender de la trípode y abrazarle con efusion por la luz con que iluminará los senos del alma. Mientras esto no haga, entre nosotros el debate es imposible, —y no habrá sino palabras, palabras y palabras.

Nuestros lectores se persuadirán más y más de esta verdad que consignamos, al publicar la refutacion del Sr. Tyr y la del eclesiástico que hemos enunciado; porque ambas adolecen del mismo defecto. Pero ántes, hemos de insertar en la REVISTA GALAICA nuestros artículos deísticos, y la refutacion del difunto obispo de Mondoñedo, que conservamos inédita. Tenga, pues, el Sr. Tyr y los demás contendientes una poca de paciencia, —recibiendo entretanto la expresion de nuestro reconocimiento por la deferencia con que nos tratan, cosa que nos lisonjea, no por nosotros, sino por el tono de cortesía que darán á una cuestion de tanta trascendencia como la que abordamos. Nosotros contamos con que moderarán su impaciencia con gusto, tanto más cuanto que nosotros somos *solos* en el debate, y ellos tienen de su parte á la

generalidad. Fíjense bien en nuestras palabras: nosotros somos *solos*, enteramente *solos*, en la controversia; y ellos representan á una sociedad no preparada para recibir y acoger una idea tan nueva y tan trascendental como la que iniciamos. Nuestra pequeñez, nuestra humildad, nuestra insignificancia numérica, debe excitar su bondad y consideracion, —sin embargo de que muchas veces un rayo de luz intelectual suele pesar más en la balanza de los destinos de la humanidad que todos los ejércitos de contendientes habidos y por haber.

En el estado de perturbacion que reina; cuando la sociedad en general está minada por el más deplorable escepticismo; cuando de todo se duda *sin saber dudar*; cuando hasta la nocion de Dios se desvanece y los filósofos más ilustres proclaman que el universo no obedece sino á un dinamismo *ciego*, y que Dios no es más que una IDEA del hombre; cuando en fin, no basta ver y admirar el edificio para negar al *gran arquitecto*, —nosotros, al significar la REALIDAD del Sér Supremo en su naturaleza Tiempo y Espacio, no somos no, uno de tantos perturbadores! Al contrario; levantamos y afirmamos la creencia congénita de Dios; evidenciamos su inmensidad evidente, su inmanencia, su inteleccion y ubiquidad; —y por una de esas evolucionessingulares del espíritu humano, nosotros, que parece que blandimos la piqueta demoledora contra el cristianismo y contra toda religion reconocida, nosotros, ó más bien nuestra idea, será tal vez un día el *refugio*, el oasis donde se acojan los restos incólumes de una sociedad decrepita, que se desmorona ostensiblemente por la putrefaccion del fatál *idealismo teístico* que hasta aqui la sostuvo.

Fíjese bien la atencion en nuestra teoría: cuando nada se vé ó no se quiere ver, nosotros señalamos lo que hasta ahora no se ha visto, el Sér Supremo en que *vivimos, nos movemos y somos* (Tiempo y Espacio), segun la feliz expresion de San Pablo á los atenienses (1).

B. Vicetto.

(1) Los Hechos de los Apóstoles, cap. xvii.

NOSTALGIA.

A. mi amigo don Benito Vicetto.

I.

Auras que al norte os deslizais ligeras,
llevad alla mis trovas vagarosas,
como llevais en frescas primaveras
el grato aroma de fragantes rosas.

Corred al suelo de la patria mia,
la que llenó mi juventud de encanto
cuando entre el mundo y mi pupila habia
de la ilusion el engaño o manto.

Cuando el sol de mi patria refulgente
pequeña chispa yo creí del fuego
que alimentaba el corazon demente,
ciego de amor y de placeres ciego.

Llevad allá mis pálidas canciones,
del alma acongojada amargo frulo,
alivio de las hondas impresiones
que han rodeado al corazon de luto.

Que el germen de mis trovas lastimeras
á la sombra creció de sus cabañas,
la brisa le meció de sus riberas,
el agua le regó de sus montañas.

Por eso siento en mi cabeza hirviente
incesante bullir triste recuerdo,
y opreso late el corazon ardiente
que en queridas imágenes me pierdo.

Y al eco de una historia ya perdida
que vá la fibras del dolor vibrando,
vá la memoria en el cerebro asida
ante mí esas imágenes pintando.

II.

Un cielo lleno de albores,
un espacio de armonias,
un horizonte de flores,
un ambiente de colores
y un suelo de praderias,

Y veo de mis montañas
la vegetacion gigante,
y á la luz del sol radiante
sus escondidas cabañas
entre el ramaje flotante.

Y presas en la enramada
aves que cantando lloran,
y en la mañana callada
se oye su alegre alborada
cuando tiernas se enamoran.

Y cascadas bulliciosas
que en espumas se recogen,
y entre márgenes de rosas
lindas aureanas que cogen
arenas de oro preciosas.

Aqui una vasta ruina
en monte de escueta cumbre,
allá la mar cristalina,
un cielo de gasa fina,
y un sol de esplendente lumbre.

Mieses que del mar imitan
su eterno desasosiego,
sombras que al reposo escitan,
mariposas que se agitan
sobre amapolas de fuego.

Y entre esmeraldas sin tasa
que á la vez salpica y riega,
sus ondas un rio pliega,
y un arroyuelo que pasa,
y otro arroyuelo que llega,

Playas do la arena brilla
en mil distintos cambiantes,
como tallados diamantes
que arroja el mar á la orilla
entre espumajes flotantes.

Y del mar entre las brumas
cual cisnes de blancas plumas,
limpias velas desplegando,
van las barquillas trezando
níveas madejas de espumas.

Recónditos santuarios
entre alamedas frondosas,
do en romerías gozosas
acuden en trajes varios
aldeanas supersticiosas.

Y sobre alfombras de flores,
y bajo un verde dosel,
aqui cantan sus amores,
allí ufanos bailadores
en revoltoso tropel.

¡Ah! en mis oidos siento
sus tristisimas baladas,
cuando en agreste contento
dan sus dolores al viento
en notas acompasadas!

Y aquel armonioso corte
de vibrante melodía,
oigo sonar todavia.
que solo un hijo del norte
sabe apreciar su armonía.

.....

¡Pensamiento baladí
que así retratas la historia
de la patria que perdí,
ó bórrala en mi memoria,
ó no te apartes de allí!

III.

Tú sentirás cual yo, mi dulce amigo,
esa nostalgia que mi pecho abate,
cuando de otras regiones al abrigo
no es en la nuestra donde el pecho late.

Tú que has visto también la luz primera
en la querida patria por que lloro,
tú llorarás la ausencia lastimera
de esa querida patria á quien adoro.

¿No es verdad, no es verdad que nuestro suelo
maravillas sin fin al hombre ofrece?
¿no se respira allí bajo su cielo
un ambiente que encanta y desvanece?

¿No es otro el sol que su calor despliega
y otra la luz de su país de gualda,
que aquesta luz que la pupila ciega,
y aqueste sol que al calentar escalda?

Tú comprendes mejor de mis querellas
el indeleble y cariñoso objeto;
tú, que has escrito en páginas tan bellas
de sus ruinas el fatal secreto.

Tú que arrancaste á la pasada historia
las crónicas que el tiempo corroía,
y arrojaste del hombre á la memoria
del feudalismo la existencia impía.

¡Ah! vuelve á nuestra patria deliciosa
pues el cielo hácia tí calmó sus iras;
yo lloraré tu ausencia venturosa,
yo envidiaré el aliento que respiras.

Vuelve á esa Irlanda ignota y despreciada
en que el vulgo español, siempre ignorante,
ver cree en su cerviz no domeñada
de servidumbre el sello vergonzante.

Vuelve, y cruzando sus amenos valles,
y ora el otero, ora la selva umbría,
de sus jardines las frondosas calles...
recuerda al que estas páginas te envía!

Que ambos bebimos en su fértil suelo
la inspiración que en el cerebro anida:
yo, en sus frescas montañas y su cielo;
tú, en los escombros de una edad perdida.

RAMON RUA Y FIGUEROA.

Sevilla—1852.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

EL FEUDO DE LAS CIEN DONCELLAS.

I.

Peto Burdelo.

Al siguiente día salimos de la Coruña y seguimos la carretera de Betanzos, deseosos de visitar esta ciudad, la más antigua de Galicia, y córte, según algunos cronistas, de sus reyes suevos, llamada en la antigüedad Brigancio ó Brigantium.

El camino era sinuoso como todos los de Galicia, sean de herradura ó carretera, en atención

á la estructura geológica del país; pero en cambio esas mismas sinuosidades, hijas del pintoresco enlace de sus montañas, son un antídoto contra el spleen por los paisajes que presentan á derecha é izquierda. En las carreteras de Galicia, no se participa de ese hastío que despierta en el ánimo del viajero la continuidad de los grandes páramos de Castilla, en los que se esmalta al frente de aquel un inmenso cinturón que desalienta y aburre; pues no se encuentra á los lados objeto alguno, ni un solo árbol que alhague la vista y la libre de aquel enemigo elástico.

De cuando en cuando descubrimos el mar á nuestra izquierda, con sus buques de diversas formas, y las azuladas montañas en que estrella sus gigantescas olas, dejando á sus plantas y paralela á la rojiza línea de los arenales, una ancha faja de espuma que se agitaba incesantemente. En esta dirección los ojos contemplaban un vasto panorama, rico y magestuoso, que aunque en lontananza, excitaba más y más nuestra curiosidad que el que iba desdoblándose á la derecha por falta de mar ó ríos. Y decimos desdoblándose porque, en efecto, ¿qué cosa más semejante á un álbum que las repentinas y sorprendentes vistas que ofrecen esas montañas entre las que serpentea un camino?... Cada variación, cada recodo, viene á ser una hoja, y en ménos de lo que tarda uno en recorrer la página de un libro, recorre y admira uno otra del incommensurable libro de la naturaleza, edición del caos, cuyo autor es Dios.

Las cuatro leguas de viaje que mediaban entre una y otra población, trascurrieron como en un sueño de pintores ó poetas... porque allí, todos aquellos paisajes hablaban al corazón y al entendimiento.

Más tarde, cuando recorrí la Andalucía, mi alma volvió á experimentar esos éxtasis, hijos de la profunda contemplación que inspira la naturaleza de varios países en el hombre impresionable.

Y ¿cuán distintos son esos éxtasis ó esos momentos de admiración profunda!

En las magestuosas orillas del océano cántabro, y al pié de las imponentes y elevadas cordilleras de Galicia... la grata melancolía... la grandeza... la poesía... dominaban el corazón... En las deliciosas orillas del Guadalquivir y en sus lujosas enramadas, la suavidad... la dulzura... la magia de aquel suelo privilegiado seducían mis facultades intelectuales.

Cuando llegamos al alto de las Angustias, mayores fueron las impresiones que agitaron mi corazón, pues lo que entonces se ofreció á mi frente fué el paraíso descrito por Milton, ó uno de esos paisajes maravillosos de Wouvermans, imposible de realizar por la riqueza de su fondo.

Digamos algo de aquel cuadro que por tanto tiempo impresionó mi espíritu.

Figuraos en el borde de una inmensa taza de verdura, rota por un extremo. Tendeis la vista á vuestra derecha para recorrer la circunferencia que presenta el boceto, y veis toda la murada cubierta de una alfombra de oro y cornalina, pues tal os parecerán las secas hojas de los inmensos viñedos de la campiña. En frente de este delicioso monte bordado de pintorescas cabañas y de flores, allá en lontananza, veis elevarse una montaña ti-

tánica formada de roca sobre roca que llaman Monte Espenuca, donde ni la más insignificante yerba se atreve á asomar su frente entre las grietas de los peñascos, en cuya cima se dibuja una ermita. Pero esto no creais que es un borron para el cuadro, no. Al lado de una vegetacion feliz de paraiso, contrasta singularmente aquella montaña desnuda, y de los contrastes nace el efecto. Después, más acá de ese sombrío Monte Espenuca y en medio de la taza de esmeralda que pinté, veis alzarse otro monte cónico, vistosísimo.

Este monte es una ciudad: esta ciudad Belanzos.

Es verdaderamente original y sorprendente la situación de este antiguo pueblo. Desde el lado en que lo veis os presenta sus casas y sus calles tan distintamente, que al ver aquel monte así habitado os parecerá una decoracion fantástica de Aubrial.

Pero lo que más realce dá á este monte pueblo son sus alrededores, no tanto lo que os indique ántes de los bordes de la concavidad en que se halla como la perla en la concha, si no los del fondo de esa misma concavidad, pues lo que la ciñe como dos serpientes de plata son dos rios; el Mendo y el Marleo, que se unen después de rodearla, y desde el punto aquel corren juntos al océano, de donde dista poco más de media legua, formando la ria de Belanzos, célebre por su hermosura y sorprendentes situaciones.

Os he dicho al principio que os figureis una taza de verdura para comprender mejor la posición topográfica de la ciudad, pero que esta taza estuviese quebrada por un extremo en forma de vacía; pues bien, por esa media luna es por donde los dos rios salen unidos del valle y marchan así hasta el mar, encallejados entre verdosas montañas que se abren á derecha é izquierda y sombreados de árboles y quintas elegantes con sus pecueras y sus parques.

Después de devorar con los ojos hasta los menores detalles de este cuadro encantador desde el alto de las Angustias, llamado así por una iglesia que hay allí leantada por la devoción de los hijos del país, descendí al valle para internarme en la ciudad. Desde el pie de la montaña de que habia bajado hasta ella se extendía un puente de unas mil varas de longitud echado en la confluencia de los dos rios como el lazo que une dos palmas.

Atravesaba el puente admirando á derecha y á izquierda, cuando mi guía me hizo notar otro puente mezquino de cal y canto con balaustres de madera, que se veía á mi derecha oprimiendo la impetuosidad del Mendo.

—¿Veis ese puentecito que hay allí?

Y me señalaba el que indiqué.

—Sí... le contesté.

—Pues aquel sitio se llama Peto Burdelo.

Yo encogí los hombros con indiferencia.

—No, no encojais los hombros con desprecio, me dijo con importancia; pues en ese sitio, ha pasado un lance que trae las historias...

Entonces le miré fijamente; aquella insinuacion me habia recordado mi afición á las tradiciones y me habia llamado al mundo positivo del que me habia separado mi imaginacion, remontándose á los espacios imaginarios á que me habia invitado

la hermosura y encantadora expresion del país que recorría.

—¿Decís que ha pasado junto á aquel puente un lance que trae las historias?—le pregunté con entusiasmo.

—Si señor; allí en Peto Burdelo.—V. no sabrá lo que quiere decir Peto Burdelo, no es verdad?

—No... ¿Qué quiere decir?

—Quiere decir pecho oneroso... ó tributo feo.

—Pero qué tiene que ver el nombre con el lance? le respondí.

—¡Oh! pues ahí está el caso. Si V. tuviera mucha penetracion... si V. tuviera el talento que me han dicho que V. tenía á mi salida de la Coruña, ya comprendería V. de que se trataba.

No pude ménos de mirarlo con asombro.

—¿Usted ha leído historias?... me preguntó.

—Sí, señor.

—¿Historias de moros?

—Historias de moros, afirmé.

—Pues... y no cae V. entonces á qué asunto se llamaba el puentecillo que habia cerca de ese rio que va á dar á la fábrica de Cadenas, Peto Burdelo?

Confieso ingenuamente que por más que repasaba en mi cabeza todos los episodios de moros que tenian relacion con Galicia, jamás podia dar con uno que coincidiese con Peto Burdelo, ó tributo oneroso.

—¿Con qué no cae V. en lo que es?... me dijo viéndome perplejo.

Yo no le quise contestar de rabia... porque lo confieso sinceramente, las palabras de aquel rufian me parecían horribles sarcasmos.

—Lo que dió nombre á ese lugar, pasó en el siglo octavo; me dijo.

Yo volví á mirarle, porque mal se avenía aquella erudicion en un hombre tan rústico como él parecia, en varias conversaciones que habíamos entablado por el camino.

—Por los años de 791... volvió á decir como dándome pie para que yo cayese más pronto.

—El día primero de mayo... día de San Felipe y Santiago... continuó, y como dice el catálogo real de España...

—¿Usted sabe leer? le pregunté... porque me parecia imposible que aquel gañan tan tosco, de repente se mostrase tan erudito.

—Así... así... me contestó encogiéndose de hombros con aire de mal pecado, como dicen en el país, que es el signo distintivo de los gallegos que valen por mil, como dice Iriarte en su célebre juicio.

A todo esto yo me habia apeado á un tiro de fusil de la antiquísima Brancencia, y ámbos nos hallábamos de pechos al petril del puente, viendo deslizarse debajo de nosotros las aguas del Mendo y mirando de vez en cuando el puentecillo que para mí era el dificultoso jeroglífico del lance con que mi maldito guía me traía á mal traer.

—Pues en ese día que digo, continuó, acaeció en aquel sitio que hay allá la tan celebrada hazaña de cinco caballeros gallegos hermanos, los cuales con bastones de higuera defendieron...

—¡Tate!... ¡Tate!... exclamé con aire de triunfo... Usted va á hablar de lo que se apellida en

España *El Feudo de las cien doncellas...*

—Eso... eso...

—Pues eso, señor cronista verbal, eso no pasó en Galicia, ni mucho ménos en ese sitio donde usted dice...

—¿Pues dónde pasó?

Yo habia leído una leyenda acerca de esto, escrita por el malogrado don Telesforo Trueba y Cosío, y la accion la fijaba en Leon: así que como no tenia más antecedentes de este hecho tan patriótico y tan proverbial como ruidoso en España, le dije:

—Eso pasó en Leon...

—Y otros hay que dicen que pasó en Carrion... dijo él con desprecio, y otros aseguran que en Portugal en el lugar Das Donas... y otros en Oviedo y otros en Simancas: pero donde pasó fué ahí frente á sus ojos, en ese lugar que llaman Peto Bur delo desde entónces.

—¿Y V. sabe cómo fué...? le pregunté con interés.

—Si, señor; pero no se lo contaré á V. como lo traen las historias, porque fué muy distinto... se lo contaré á V. tal como se conserva en este pueblo por tradicion.

Esto avivó más y más mi curiosidad.

—Cuéntemela V., pues, le dije.

(Se continuará).

AIRE Y LUZ.

I.

Era una flor hechicera,
cuyos brillantes colores,
matizaban la pradera,
era una flor que entre flores,
mostraba ser la primera.

Alzóse en bella mañana
al rayo del sol naciente,
al soplo de aura temprana,
y embalsamaba el ambiente,
tan pura como lozana.

Al ver su cáliz cerrado,
al ver su tallo flexible,
dijo:—Dios no me ha criado,
para ese aire imperceptible,
para ese sol apagado.

¡Oh! naturaleza pura,
da consuelo á mi amargura.
dame diéha más cumplida,
más aire para mi vida,
más luz para mi hermosura.

El día le respondió:

—¿Por qué te quejas así?

Belleza te he dado yo,

¿Aún no estás contenta?—Oh! no.

—¿Aún deseas más?—Oh! si.

¿Qué vale una flor sombría,
sin color, sin lozania,
cual lángida y débil caña,
con botones que no baña,
ese sol de meliodia?

Triste la planta perece,
sin el viento que la mece
y que al robar su fragancia
otra trae en su inconstancia,
y otra vez la desvanece.

Y dijo el día:—A tu lado,

abejas mil atraidas,
por esa miel que te he dado,
la robarán atrevidas,
de tu cáliz matizado.

Y á la fragancia que exhalas,
insectos de bellas alas,
pintadas de azul y de oro,
te arrancarán tu tesoro,
te privarán de tus galas.

—¿Para qué mis galas quiero,
dijo la flor, si primero,
otras se ostentan más bellas,
y más aire y luz no espero,
para ostentarme como ellas?

II.

En tanto en el horizonte,
subía el sol silencioso,
y heria más ardoroso,
la verde encina del monte,
la flor del valle frondoso.

Al ver la flor su hermosura,
y su cáliz entreabierto,
dijo:—No nací por cierto,
para un viento que murmura,
para un sol débil y muerto.

Oh! bella naturaleza,
da consuelo á mi tormento,
dame más bien más riqueza,
más aire para mi aliento,
más luz para mi belleza.

El día le replicó:

—¿Por qué te quejas de mi?

aroma mi amor te dió

¿aún no estás contenta?—Oh! no.

¿Aún deseas más?—Oh! si.

Poco tu amor me señala,
toda flor mi aroma exhala,
á toda el sol ilumina,
me has dado el poder que iguala,
y yo quiero el que domina,

Yo quiero ver en su cuna,
allá en la lejana cumbre,
brillar el sol y la luna,
que me inunden con su lumbre,
primero que á flor alguna.

—La primera, desdichada,
dádiva fatal me pides;
esa ilusion deseada,
mal, pobre planta, la mides,
que está tu mente ofuscada.

¿Sabes flor desvanecida,
que los recios huracanes
se llevan la más crecida,
y vanos son tus afanos,
si es efimera tu vida?

—Siempre la mente delirará.

dijo la flor tristemente.

¿Más cómo he de alzar la frente
con un viento que suspira,
con un sol que no se siente.

III.

Y el sol al cenit subía,
y á la bella flor doraba,
el viento la acariciaba.
y en tanto la flor crecía
y entre todas descollaba.

Al ver su tallo atrevido
y el cáliz de grana y nieve,
dijo la flor:—Yo he nacido,
para un viento ménos leve,

para un sol más encendido.

Dame, dame, primavera,
dame ese sol que le falta
á mi corola altanera:
yo quiero ser la más alta,
yo quiero ser la primera.

Y el día le respondió:
—Aire y luz te he dado yo,
de colores te vesti,
Aún no estás contenta?—Oh! no.
Aún deseas más?... Oh! si.

Yo quiero en altivo tallo,
disputar el paso al viento,
que se agita turbulento,
cual desbocado caballo,
cual juvenil pensamiento.

Yo quiero ese sol que arroja,
allá en climas apartados,
en vez de rayos dorados,
terrenes de lumbre roja
en cálices abrasados.

—¡Qué me pides, pobre planta!
La vida rápida haye,
mata la ilusión que encanta,
y el viento que te levanta,
es viento que te destruye.

Tu orgullo, nécia, destierra.
¿No ves que es vano tu anhelo?
Quiéres elevarte al cielo
y está tu tallo en la tierra,
y tienes tu pié en el suelo.

—Siempre es el deseo loco,
para aquel á quien no halaga,
¿Quiéres que me satisfaga,
cuando este viento es tan poco,
cuando esta luz es tan vaga?

IV.

Huyó la sombra entre tanto,
brilló el sol con rayo ardiente,
secó el rocío su llanto,
calló el ave con su canto,
calló en su ruido la fuente.

Y el día á la flor habló:
—¿Estás contenta de mi?
lo que pediste te di.
¿Aún deseas más?—Oh! no.
¿Te basta ese fuego?—Oh! si.

V.

Era una flor deshojada,
del rayo del sol herida,
por el viento derribada,
sin brillo, aroma, ni vida,
que decía acongojada:

—Ay de mi, flor insensata,
que he creído en mi locura,
que el sol que alumbraba no mata,
y que el viento que murmura,
no es el viento que arrebata!

ANTONIO VALENZUELA.

TRADICIONES MONÁSTICAS DE GALICIA,

LA MONJA DE SAN PAYO.

(CONTINUACION).

II.

Cárlos era estudiante y cursaba en la Univer-

sidad el último año de su carrera. Su amor á Maria era ese amor divino que nace con el hombre; que en la infancia es un ángel que rodea nuestra cuna vigilando nuestro sueño, en la adolescencia es una ilusión que forjamos en nuestros momentos de éxtasis, y en la juventud es ya una muger. Ese ángel, esa ilusión, esa muger por quien Cárlos suspiraba hacia 24 años... era Maria. Antes de verla la amaba yá, si bien el objeto de su amor no era material, tangible.

Ella por su parte, dotada de una organizacion débil, de un espíritu apocado inherente á esa organizacion ¿podiera vivir sin amar?... ¡Imposible! cual una débil caña que azota el huracan seria arastrada al momento por el desierto de la vida. Cárlos fué correspondido en el momento que manifestó su cariño, porque Maria tenia necesidad de amar, necesitaba otro corazon que abrigase el suyo.

Además, siendo la declaracion de Cárlos posterior á la entrada del P. Ubaldo en la casa de Maria y conociendo ésta la pasion que al fraile inspiraba su hermosura, buscó en su amante la proteccion contra aquel hombre que tanto la dominaba; pero una proteccion tácita, pues jamás le habia manifestado los intentos criminales del religioso, porque se creia culpable con solo haberlos inspirado.

Volvamos ahora á ligar los acontecimientos de esta historia.

III.

Hemos dicho que el P. Ubaldo habia encontrado á Cárlos al descender la escalera, pero éste no le habia conocido, porque la negra capucha cubria las facciones del fraile como la máscara de su delito.

El jóven estudiante subió precipitadamente los escalones que le separaban de su amada, y al llegar á la habitacion de ésta se detuvo al oír la voz de su padre.

—Quizá, pensó al momento, alguna escena doméstica turba la paz de Maria; respetemos el sagrado de la vida privada.

A nadie parecerá extraña la conducta de Cárlos.

Al pasar por la calle para ver á Maria, la oye dar un grito dirigiéndose hácia él; su corazon le dice que ese grito es de dolor y sube presuroso á protegerla creyendo que alguna persona agena á su familia lastimaba su corazon, pero al oír la voz de su padre, se tranquiliza algun tanto y vuelve á descender lentamente porque jamás habia podido entrar en el recinto de su amada.

Este retraimiento familiar tan mal entendido y por desgracia bastante comun todavia en muchas ciudades y familias, habia impedido á los padres de Maria (1) el ofrecer jamás su casa á ningun jóven; ¡cómo si la juventud fuera un crimen! Temian acaso que el veneno de las pasiones, el hálito corrompido que infecta á la sociedad, corroyese su virgen corazon... No, el hombre no ofende cuando ama, el hálito de la pasion no es el hálito que mancha, y Dios, cuando ha creado al hombre, le dió por compañera una muger.

(1) Por razones particulares omitimos sus nombres, que tampoco queremos sustituir por otros.

Tal había sido la conducta de los padres de Maria hasta que llegaron á tener con el P. Ubaldo la intimidad que hemos indicado. Guiados despues por las piadosas observaciones del religioso, siguieron su primitiva marcha tan opuesta á los deseos de Carlos y Maria. Las cartas eran, pues, el único recurso de estos dos amantes; recurso de que Carlos se habia valido para manifestar sus primeros sentimientos á su amada.

El dia despues de la escena que en el capítulo anterior hemos referido, presentóse el P. Ubaldo en la casa de sus protegidos. Su semblante estaba inalterado aunque en su corazon habia otra lucha de pasiones que no existian el dia anterior. La piramidal capucha de su hábito cubria casi enteramente sus facciones, y sólo en el fondo de tan lóbrega cubierta se divisaban dos puntos brillantes como los focos de luz de dos espejos negros.

Al momento que llegó pidió una audiencia particular á los padres de Maria, y el corazon de ésta latió aceleradamente como presagiando algun daño que la iba á suceder. Su corazon no la engañaba como no nos engaña nunca cuando está cerca un peligro y lo prevenimos por alguna circunstancia.

Despues de algun tiempo de conversacion, asaz larga para la ansiedad de Maria, retiróse el P. Ubaldo con esa lentitud claustral que imprimia á los frailes un sello de bondad y mansedumbre.

Maria se quedó frente á frente con sus padres.

Nadie se atrevia á interrumpir el silencio que cubria á esta desgraciada familia.

En las situaciones críticas, la muger tiene más espíritu sino más corazon que el hombre, más serenidad sino más valor, y la madre de Maria fué la primera que osó quebrantarle oprimiendo entre sus manos las delicadas de su hija.

—Maria, exclamó, nos vamos á separar.

—¡A separarnos! ¿qué habeis dicho?

—Si, hija mia, á separarnos; pero no llores; nos veremos todos los dias.

—¡A separarnos y nos veremos! no os entiendo, repitió Maria ahogada por la emocion y fijando sus miradas en las recónditas pupilas de su madre. Esta no pudo proseguir; el llanto trémulo de la vejez selló sus lábios con la rigidez inflexible de los nervios. Su esposo la sucedió en tan funesto diálogo.

—Si, Maria; esta noche irás á un convento en donde pasarás el resto de tu vida.

Esa orden tan concisa como terminante era el eco de las palabras del fraile; era el presentimiento de Maria. Por lo mismo no se atrevió á replicar, y así como el viento de la tempestad arrebató á las flores su rocío, así estas palabras arrebataron á los ojos de aquella jóven las lágrimas que pudieran aliviara. Alzóse paulatinamente como si su cabeza fuese de plomo, y volviéndose hácia un crucifijo que adornaba uno de los ángulos de la habitación:

—Cúmplase vuestra voluntad, padre mio, exclamó,—y cayendo de rodillas empezó á orar.

RAMON RUA Y FIGUEROA.

(Se concluirá).

A LAS RUINAS DE ITALICA.

(FRAGMENTO.)

Tambien muere el sepulcro:
tambien murió la historia:
hasta en la tumba efímero
se humilla nuestro sér.
Las ruinas son un sueño;
su vida es la memoria;
vida y memoria llegan
los siglos á perder.

Antes aquí se alzaban
columnas a millares,
de un pueblo imperatorio
severo panteon:
las ruinas se acataron;
y mieses y olivares
robaron á la muerte
su postrera ilusion.

En choza convertido,
donde el zagal se aloja,
el antro de las fieras
del ancho circo está.
Itálica responde...
los versos de Rioja;
de *Itálica* los ecos
nada responde yá.

Tambien de almas en ruinas
que florecieron ántes
solo guarda recuerdos
la lúgubre cancion.
Su vida son los ecos,
de páginas amantes,
no la caverna muda
del seco corazon.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

GALICIA PINTORESCA.

EL LAGO DE DONIÑOS.

(CONCLUSION.)

Satisfecha nuestra curiosidad sobre las tranquilas aguas del lago, dejamos la barquilla en que hablamos navegado y nos dirigimos al antiguo castillo que se halla á sus inmediaciones, y que es llamado por los naturales *Castelo do Outeiro*, nombre que tienen muchísimas aldeas del territorio de Galicia y de Asturias.

Se ignora el primitivo origen de esta fortaleza; pero se conoce por sus obras modernas, que fué reedificada en el siglo pasado sobre la base del castillo antiguo, cuando se levantaron las demás baterías de la costa, para defender el nuevo establecimiento naval de Ferrol.

Las murallas que miran á tierra, están completamente destruidas, pero no así la batería que

hace frente á la mar y que cuenta catorce troneras, al pié de las cuales contemplamos abandonados ocho cañones de á 24, al parecer inutilizados, como resto de nuestro antiguo poder.

Este castillo, fué la primera fortaleza que dirigió sus tiros al enemigo, en la invasion inglesa de 1800, habiendo sido rendido por un navio que se acoderó.

En medio de la batería, y sirviéndonos de mesa los cañones, sin más ruido que el estruendo de las olas y el graznido de las aves marinas, dimos reposo al cuerpo y almorzamos con jovial fraternidad.

Seguidamente tomamos las caballerías, paseamos largo rato por el gran playazo que se extiende por aquellas riberas, y subiendo los escarpados senderos que conducen á la altura de *Monteventoso*, fuimos á disfrutar de las vistas más interesantes que en el país se pueden encontrar.

Desde la vigia colocada sobre la cumbre de esta montaña, que se eleva 196 metros 460 milímetros sobre el nivel del mar, descubriendo un arco de horizonte como de unos 140 grados, no sabíamos ya á donde dirigir principalmente nuestras miradas.

Tal es la variedad de objetos, á cual más grande, más interesante, que el hombre puede ver, con el auxilio de los instrumentos ópticos que están al servicio de la vigia.

El inmenso Océano, entre la visual que pasa rasgando al *Cabo de San Adrian*, frente á las *Cisargas*, y la que toca al frondón de la punta de la *Frousetra*, con el saliente *Cabo Prior* por el N., es la grande extension de mar que desde aquella altura se percibe.

La distancia que se descubre hasta el último punto visible de su horizonte aparente, es de 29⁶ 48 millas.

De allí vemos el gran golfo que forman las tres rias de Ferrol, Ares y la Coruña, señalado por los romanos con la sublime denominacion de *Portus Magnus Artobrorum*, y á nuestros piés el *Lago de Domínos*, que parece una taza de agua en medio del valle y extenso arenal que le rodea.

Desde aquella solitaria eminencia, cuyo silencio es solo interrumpido por el silvido de los vientos, el alma se extasia contemplando las maravillosas obras de la creacion.

Y qué recuerdos en aquellos momentos asaltan nuestra mente! ..

¡De cuántos hechos gloriosos ha sido mudo testigo la altura de *Monteventoso*!

¡Qué bellas notas pudiera facilitar para nuestra historia!...

Ella, como centinela avanzado de nuestro puerto, nos dá la señal de alerta para precavernos de nuestros enemigos.

Ella es la que reclama nuestro auxilio en favor de los bagetes arrollados por la mar.

La altura de *Monteventoso*, presencié los grandes acontecimientos navales de la más remota antigüedad sobre nuestras costas, y los descubrimientos y aventuradas empresas de los fenicios y demás naciones que se fueron sucediendo, en las diferentes invasiones de que ha sido teatro el mar cantábrico, en los tiempos de los primeros pobladores.

Más adelante observó el proyectado ataque que las escuadras inglesas intentaron contra el Ferrol en 1596 para destruir las fuerzas navales españolas de la invencible armada de Felipe II, así como más ántes, en 1520, había visto entrar en este mismo puerto la escuadra del gran Carlos 1.º en cuyo reinado fué la España la nacion más poderosa del mundo.

Presenció el paso de la respetable division inglesa compuesta de setenta buques, con que Drake en 1589 quiso tomar á la Coruña en su memorable cerco; y en Marzo de 1690 vió también el feliz arribo al puerto del Ferrol, de la expedicion que desde Holanda condujo á la princesa Doña María Ana de Lavierra, segunda esposa de Carlos II.

En el siglo pasado, fué ya testigo de más importantes acontecimientos en nuestra moderna historia.

Presenció el desigual y heroico combate del 10 de abril de 1740 en las aguas del *Cabo Prior*, entre el navio español *Princesa*, que por espacio de diez horas sostuvo un nutrido fuego contra los tres navios ingleses *Lennox*, *Kent* y *Oxford*: en 1779 observó en este gran golfo la incorporación de las notables escuadras española y francesa, á mando del general D. Luis de Córdova y del almirante conde de Orbillers cuyas fuerzas combinadas, en número de 68 navios de línea, sin contar las fragatas y buques menores, entraron triunfantes por el canal de la Mancha.

Desde los tiempos de la famosa armada de Felipe II, jamás se habían visto las islas británicas amenazadas por una expedicion tan formidable.

La vigia de *Monteventoso*, pudo tomar nota de los constantes buques que en el último tercio del siglo pasado y principios del presente, sufrieron las costas del departamento naval del Ferrol, en las continuas guerras que la España sostuvo con las más poderosas naciones marítimas: así como del famoso *Apostolado* y de las demás respetables fuerzas navales, que de los arsenales del Ferrol salieron, para las más grandes y atrevidas empresas, cuando nuestra nacion era tan respetada por su poder en los mares.

Por último la cumbre de *Monteventoso*, ha sido mudo testigo del ataque más grande que sufrió Ferrol el día 25 de agosto de 1800, en que la famosa expedicion inglesa que fué á Egipto, al mando del célebre almirante *Warren*, compuesta de 108 buques con 13,000 hombres, efectuó el desembarco en las playas de *Domínos*, trepando por aquellas alturas hasta los montes de *Brion*, en donde detenidos en su rápida y atrevida marcha por las pocas fuerzas españolas que de momento se pudieron reunir, tuvieron lugar las dos memorables acciones de los días 25 y 26, que salvando el departamento y la escuadra española, surta en el puerto, de la destruccion que intentaban los ingleses, dejaron de aquellas notables alturas recuerdos imprecaderos y gloriosos para las armas españolas.

Si bien el rey Carlos IV prodigó sus gracias á los valientes que tanto se distinguieron en aquellas batallas, contra tan orgulloso invasor, parece que en el sitio donde tanta sangre se ha vertido, debiera existir un monumento de verdadera honra na-

cional, que dijera á las generaciones venideras ¡Aquí un puñado de españoles valientes, supo contener la arrogancia de las numerosas legiones de la altiva Albion; y aquella notable expedición que tantas glorias alcanzó en el Egipto sobre los ejércitos franceses conducidos por Napoleón I, tuvo que retroceder ante la actitud imponente de los habitantes y tropas del Ferrol!... (1)

Pero este y otros acontecimientos gloriosos para Galicia, permanecen en el olvido, mientras que hechos acaso de ménos significacion y valor, se ensalzaron en otras partes, para transmitirlos á la posteridad, entre los sucesos notables de nuestra patria.

Con tan memorables, como tristes recuerdos, abandonamos aquel imponente lugar, saludamos con profundo respeto las alturas de *Brion*, y por una rápida y escarpada pendiente nos dirigimos á las riberas de la boca del puerto, dejando á la derecha el Faro del *cabo Prioriño*; y pasando por entre las baterías de *Vañas*, *Cariño*, *S. Cristobal* y *S. Carlos*, llegamos al gran castillo de *S. Felipe*.

Este fuerte, el principal de la ría, es notable tambien por su heroica defensa en el memorable día 26 de agosto de 1800, en que atacado por una columna inglesa de 4,000 hombres con dos piezas de artillería, colocadas en la altura que la domina por el N. O., apagó los fuegos del enemigo, haciéndole retroceder con grandes pérdidas en los tres ataques que ha intentado con el auxilio de las lanchas cañoneras de la escuadra española y los fuegos combinados de los otros dos castillos de la *Palma* y *S. Martin*, que se hallan al otro lado de la estrecha garganta de nuestra ría.

Desde el castillo de *S. Felipe*, nos dirigimos por las risueñas riberas, del puerto, á la villa de la *Graña*, situada en la ladera escarpada del O. con magníficas vistas á nuestra espaciosa bahía.

Colocados en una de sus alturas, estuvimos contemplando las ruinas de los edificios del primitivo establecimiento naval de este departamento; visitamos despues los dos arsenales particulares del *Reberbero* y de la *Cabaña*, que se encuentran en aquellas riberas, y atravesando en un bote las tranquilas aguas de este renombrado puerto, terminamos una excursion que nos ha dejado recuerdos imperecederos, por las diversas sensaciones que hemos experimentado en su curso.

JOSÉ MONTERO Y AROSTEGUI.

1860.

(1) Segun noticias que se conservan de estas memorables batallas, la pérdida de los ingleses fué de 1,000 muertos, entre ellos un general, y 800 heridos; contándose entre unos y otros muchos que sucumbieron al tiempo del reembarque, por haber zozobrado varias embarcaciones, con la precipitacion de la retirada por la misma playa de *Doniños*.

La pérdida de los españoles fué de 36 muertos, entre ellos 5 oficiales; 102 heridos, 9 de ellos oficiales y 3 extraviados.

SAN ANDRÉS DE TEIXIDO.

Muchos van á San Andrés
en devota romería,
tambien fueron Gil é Inés;
y en tan amable armonía
que los dos se vuelven tres...
¡Milagro que el Santo haria!

DOMINGO DIAZ DE ROBLES.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

Don Antonio Neira de Mosquera.

Al bosquejar la semblanza literaria del malogrado Sr. Neira de Mosquera, teniamos que escribir mucho de nosotros mismos por las relaciones que mediaron entre ambos,—pero como esto no interesaria á nuestros abonados, procuraremos reducir lo posible las proporciones del cuadro.

Nació el Sr. Neira en Compostela el 19 de marzo de 1828, y prefirió desde sus primeros años el estudio de la literatura al de la jurisprudencia á que le dedicaban sus padres don Ramon Neira y Riobó y doña Bernarda Mosquera y Rogica. A los 18 años escribió en la *Revista de Galicia é Idólatra de Galicia*, periódicos que se publicaron en aquella ciudad;—y en 1842 y 43, fué redactor de *El Recreo Compostelano* y de la parte literaria de *La Situacion de Galicia*, periódico político. En 1843 puso en escena en el teatro de la Coruña un drama histórico titulado: *La Razon de la sinrazon*, que fué recibido con agrado.

Pero en donde más se evidenció nuestro distinguido esentor galaico, fué en el *Recreo Compostelano*. Aunque poco más jóvenes que él, admirábamos nosotros entonces, no solo su estilo florido y poético, sino sus tradiciones del país. Jamás olvidaremos la impresion que nos causó su leyenda *Incendio de las Torres de Altamira* y otras de la misma índole. Nosotros habiamos vivido hasta allí deslumbrados por la literatura inglesa y francesa: las obras de Walter Scott y del vizconde de Arlicourt constituyeran nuestra delicia: *Ibanhoe* y *Lucia de Lamermoor*, *El Solitario del Monte Salvaje* y *la Extranjera*, eran novelas que no leiamos una vez sola, sino que las releiamos con admiracion creciente. Aquellos castillos feudales, aquellos lagos y aquellas abadías; aquellos paladines y aquellos pajes, aquellas damas misteriosas y aquellos monjes y trovadores, se fijaban en nuestra mente con tal fuerza de expresion, que podiamos decir que fuera de aquella órbita nada existía para nosotros más agradable. Hijos, pues, de aquellas impresiones, ¿cuál no sería nuestro asombro cuando empezamos á leer las leyendas caballerescas del Sr. Neira!—Qué! Galicia tambien había tenido castillos feudales!—Qué! Galicia tambien había tenido abadías y lagos, y torneos, y cacerías, y conmociones populares!—Qué! Galicia había tenido tambien señores de horca y cuchillo, pajes, monjes, trovadores, reinas, damas y paladines!—Oh! confesamos ingénuamente que desde que leimos *El Incendio de las torres de Altamira*, *El Arzobispo Don Suero* y otras leyendas del Sr. Neira, desapareció para nosotros todo el encanto de la literatura inglesa y francesa,—y concentramos nuestra intelectualidad en las tradiciones caballerescas del país.

El *Recreo Compostelano* vino á ser desde entonces para nosotros la mejor publicacion de la época, como si dijéramos *La Revista de Ambos Mundos*. Por ver nuestro nombre impreso en aquel periódico literario de Galicia, hubiéramos hecho un mayor sacrificio. Ne teniamos más que 17 años, é inspirados por aquel entusiasmo que nos infundia El *Recreo Compostelano*, procuramos terminar una de nuestras humildes baladas, siempre empezadas y jamás concluidas, por la dificultad que encontrábamos en expresarnos, tanto en verso como en prosa. Por fin concluimos una poesia erótica, *Su voz*, — se la mandamos á Neira de Mosquera, y la poesia vió la luz en su periódico, — primer trabajo nuestro que vimos impreso. El lazo que nos unia desde entonces al señor Neira, por el agradecimiento, parecia inquebrantable, — y en efecto lo fué mientras vivió nuestro distinguido amigo.

Nosotros reconociamos en el Sr. Neira una superioridad intelectual inmensa, — sin embargo de no haber escrito él una poesia jamás, — pues sus leyendas de Galicia, si bien eran defectuosas, pálidas é insustanciales, tenían para nosotros el encanto de ser gallegas, de hablarnos de nuestro país, de hablarnos de cerca, de hacer en fin real y positivo aquel mundo lejano de las novelas de Walter Scott y D'Arlincourt: — era que aquellas ráfagas de luz tóptica y galaica, describían para nosotros el teatro en que debiamos figurar más adelante en mayor escala que el Sr. Neira: — era que aquellas ráfagas de luz nos hacían entrever un mundo íntimo, nos iluminaban los horizontes que debían llenar *Los Hidalgos de Monforte*, *Rogin Rojal*, *El Lago de la Limia*, *El Caballero de Calatrava*, *Los Reyes Suevos de Galicia*, y las innumerables tradiciones caballerescas de Galicia con que por muchos años nutrimos los periódicos de España y de Ultramar.

Atentos siempre á lo que el Sr. Neira publicaba de Galicia, despues de aquellas leyendas imperfectas é incoloras que publicó, devoramos con avidez sus *Monografías de Santiago*, — coleccion de leyendas históricas, más autorizadas ó documentadas, por decirlo así, — y donde la verdad del pasado sobresalía más que las galas de la poesia. Estas leyendas, superiores en erudicion y en levantado espíritu á las anteriores del Sr. Neira, venian á ser para nosotros otras nuevas irradiaciones esplendorosas que nos hacían entrever la *Historia de Galicia*, no publicada aún por nadie; empujaban nuestra intelectualidad á otro mundo nuevo, el de escribir un día la historia del país; — lo que al fin acabamos de hacer los primeros. Podia decirse del Sr. de Neira y de nosotros — por estas confesiones que hacemos — que él era nuestra *avanzada*, nuestra vanguardia; que él era nuestro prólogo; que Neira era el fogonazo y nosotros la explosion; que habia como un lazo misterioso entre los dos, y que el uno iniciaba ó bosquejaba lo que el otro habia de realizar espléndidamente más tarde.

Cuando en 1846 nos reunimos en Madrid, en nuestras conversaciones literarias él nos dominaba completamente: nosotros éramos el peregrino, él el apóstol. Algunas veces nos decia, concluyendo de leer algunas tradiciones ó baladas nuestras: — Tú produces poesias y leyendas, como un peral peras.

Y nosotros no sabiamos que contestarle á estos epigramas: temiamos profanar la reverencia que le profesábamos y nos encogiamos de hombros tolerando su génio cáustico, mucho más cáustico en el seno de la amistad que en sus producciones literarias, por más que para algunos la fase literaria del Sr. Neira debe buscarse en su carácter incisivo y altamente satírico.

A propósito de esto — recordamos la última vez que nos vimos.

Era en 1853, ámbos nos halláramos en la Coruña: él era secretario del Hospicio y nosotros redactáramos con otros amigos la *Crónica de Occidente*, periódico local de escasa significacion, y que si tenia alguna era la de ridiculizar buenamente las cosas y las personas de viso, — circunstancia que atenúa nuestra poca edad. Nos veiamos por las tardes en su casa, pues él apenas salia porque la tisis lo devoraba, sin que el auxilio de la medicina pudiera evitarlo.

— ¿Por qué — nos dijo una tarde — no poneis en la gaceta del periódico la semblanza de Pepe Puente y Brañas, que desde que murió su amada, parece que anda como una sombra por las calles, sin fijarse en nada, ni atender á nada?

— Pobre Puente y Brañas! — exclamamos nosotros — compadezcámoslo, amigo mio.

— Pero, — insistió Neira — sino escribis semblanzas picantes de literatos y demás artistas, el periódico morirá por consuncion; pues ya sabeis que el público siempre está más predispuesto á oír hablar mal de las personas que bien. Siéntate en mi mesa, y escribe.

Nosotros obedecimos, tomamos la pluma y nos pusimos en disposicion de emborronar una cuartilla.

Entonces Neira nos dictó en pocos renglones, y bajo el epígrafe de *El poeta Sombra*, la caricatura literaria de Pepe Puente y Brañas, caricatura trazada en pocas líneas y de mano maestra.

Pero al acabar de dictarnos aquella caricatura, tal risa asaltó al mismo Neira que, como estaba tan delicado: de repente le vimos paidecer en el sofá, incorporarse sobre una escupidera y arrojar por la boca un golpe de sangre.

Nosotros nos quedamos helados: [los cabellos se nos enresparon sobre la frente: era la primera vez que veiamos aquello.

— Yo tuve la culpa, — nos dijo poco despues con la voz apagada y la mirada más triste del mundo, — los médicos me habian mandado que evitara las emociones fuertes y... Dios tenga piedad de mí.

Aquella fué la última vez que lo vimos, — porque poco despues se fué á su pueblo natal, donde se extinguió como una estrella de la mañana entre los primeros arreboles del oriente.

Neira de Mosquera es una de nuestras glorias literarias más puras. No importa que no se hayan levantado monumentos á su memoria, ni que la calle donde nació lleve su nombre. ¿Para qué? El génio elabora en vida su propio monumento con sus obras, — y aparte de los muchos trabajos dignos de todo aprecio que Neira de Mosquera nos dejó sobre cosas del país, sus *Monografías de Santiago* no morirán nunca, y él vivirá siempre en ellas. Nosotros por nuestra parte debemos decir, que sin esa obra, nuestra *Historia de Galicia* hubiera visto la luz de una manera incompleta, pues en el trabajo del Sr. Neira hallamos datos históricos importantísimos para el país, que no desperdiciamos por cierto para enriquecer como debiamos el primer libro de Galicia.

Ademas de cuanto dejamos significado sobre sus producciones literarias, el Sr. Neira de Mosquera tomó parte en Madrid en muchas publicaciones de merecida reputacion. Escribió algunos tipos para *Los Españoles pintados por si mismos*, entre los que recordamos *El Gaitero*. Publicó diversos artículos de costumbres de Galicia en *El Correo de Ultramar*, periódico de París, y fué uno de los directores de las *Mil y una noches españolas*, donde publicó más en grande su novela titulada *D. Suero de Toledo*, que aun más adelante agrandó hasta formar dos tomos y que publicó el editor Lalama con el título de *La Marquesa de Camba y Rodeiro*. Fué, tambien redactor de los periódicos *El Censor de la prensa* y de *El Imparcial*.

en el que escribió bajo el seudónimo de el doctor Mala-testa. Entre sus trabajos literarios debe contarse su colaboración para el Diccionario de los sinónimos, publicado por Abenamar. Es autor de un libro titulado *Las ferias de Madrid*, obra escrita en breves días, y la cual señaló una notable variación en la índole de sus producciones, calificándosele desde entonces como escritor satírico.

Nosotros, en honor á su mérito por ser uno de los hijos más distinguidos de Galicia, le hemos dedicado nuestra novela *Cristina, páginas de un diario*, —trabajo que é apreció con marcada simpatía, en una carta cariñosísima, sumamente fraternal que conservamos.

Mientras vivió el Sr. Neira, puede decirse que él personificó la nueva literatura galaica: él levantó más alto que nadie la enseña de nuestra resurrección literaria, en esta época de gran desenvolvimiento intelectual. Después de su muerte, nosotros recogimos esa querida enseña y la tremolamos con apauso en el horizonte de nuestras glorias patrias, —si bien la envidia trató de arrebatarla traítoramente, pugnando por derribar nuestra figura literaria sin tener otra, en su ceguedad, que colocar en nuestro puesto. Por eso los malévolos dardos de la incapacidad y del rencor, dieron en vago; —y lo que es por naturaleza, es y será siempre, pésie á quien pésie.

B. Vicetto.

Junio de 1874.

ORGULLO.

Confieso mi ambición ingenuamente;
osado aspiro á fatigar la historia;
tal vez me ceda la futura gente
corona de esplendor y alta memoria;
el lauro vencedor sobre mi frente
despedirá relámpagos de gloria;
tal vez no moriré, tal vez un día
se envanezca de mi la pátria mia.

Sostienen mis cobardes detractores
que nunca puedo levantar la frente
coronada de eternos resplandores;
pero esta turba envilecida riente;
vergonzosa expresión de sus furios
porque el ageno bien nunca consiente.
reptil audaz á lucha me provoca
cuando mi frente con las nubes toca.

Eduardo Pondal.

BALADAS DEL GÉNESIS.

(CONCLUSION.)

III.

La conciencia.

Cáin, con las greñas dispersas, seguido de su esposa y de sus hijos cubiertos con pieles de animales, llegó al caer de una tarde al pié de una montaña.

Su mujer y sus hijos le dijeron:

—Echémonos á tierra, y durmamos.

Cáin no podía dormir; permaneció despierto al pié del monte.

Levantó por casualidad la cabeza, y en el fondo de los cielos negruzcos vió un ojo muy grande abierto en las tinieblas, que le miraba fijamente.

—¡Estoy demasiado cerca! murmuró estremeciéndose, y despertando á sus hijos y su fatigado mujer, comenzó otra vez su precipitada fuga.

Caminaba con la palidez en el rostro, estremeciéndose al menor ruido, mirando atrás sin descansar, sin dormir, sin detenerse: pronto hubo llegado á las orillas del mar, en el país en donde más tarde se estableció Asur.

—Parémonos, dijo, porque este asilo es seguro; detengámonos; hemos llegado á los confines del mundo.

Pero al sentarse, vió entre los sombríos cielos el mismo ojo que le contemplaba. Entonces, se estremeció y se apoderó de él un vértigo.

—¡Escondedme! gritó.

Y con el dedo en la boca, sus hijos contemplaban al abuelo, que temblaba fuera de sí.

Cáin dijo á Jabel, padre de los que habitaban el desierto bajo tiendas de pelo:

—Extiende hácia este lado la tela de tu tienda.

Y la tela fué extendida; y cuando estuvo asegurada con pesos de plomo, preguntó Tsilla la niña blonda, la hija de sus hijos, con voz dulce como la aurora:

—¿Veis algo todavía?

Y Cáin respondió:

—¡Aún veo el mismo ojo!

Jubal, padre de los que atraviesan las aldeas soplando la gaita y golpeando el tamboril, exclamó:

—Yo sabré construir una barrera.

Y construyó un muro de bronce, y detrás colocó á Cáin.

Y Cáin dijo:

—El ojo me mira aún:

—Es preciso construir un círculo de torres tan formidables, que nada pueda acercarse á él. Edifiquemos una ciudad con su ciudadela y la cerraremos despues.

Entonces Tubalcáin, padre de los herreros, construyó una ciudad maravillosa. Mientras la edificaban, sus hermanos cazaban á los hijos de Enos y á los de Seth; si alguien pasaba por allí, se le quitaban los ojos; por la noche arrojaban flechas á las estrellas. El granito reemplazó á las paredes de tela; unas piedras estaban unidas á otras con lazos de hierro; parecía aquella una ciudad infernal; las sombras de las torres estendian la noche por los campos vecinos: los muros tenían el espesor de los montes; sobre la puerta se grabaron estas palabras: *Ni Dios pasa*.

Cuando todo estuvo concluido, colocaron al abuelo en medio de una torre de piedra. Allí permaneció inquieto y lúgubre.

—¡Padre mio! preguntó con voz temblorosa Tsilla; ¿ha desaparecido?

Y Cáin respondió:

—No, aún le veo.

Y añadió:

—Quiero vivir debajo de la tierra, como un muerto debajo de un sepulcro. Nadie me verá, ni tampoco verá yo cosa alguna.

—Está bien.

Después descendió él solo al interior de aquella sombría bóveda. Cuando estuvo sentado en su silla, en la oscuridad, y luego que sobre su cabeza hubieron cerrado la puerta del subterráneo, Cain levantó la cabeza y quedó aterrado; el ojo estaba dentro de la tumba y le miraba fijamente.

Victor Hugo.

SUS CABELLOS DE ORO.

A mi amigo D. Ramon Rua Figueroa.

Oh! tú, que tan bien comprendes la soledad de mi alma, y que lees en su calma su amorosa aspiracion; tú que el llanto mitigaste que derramaron mis ojos, ay! escucha sin enojos mi dolorida cancion.

Ya estoy aquí... entre las nieblas de mi pais adorado, orillas del mar salado que en mi infancia me arrulló: ya estoy aquí, en las montañas del pais que tanto adoro, pero... *sus cabellos de oro* no los encuentro aquí yo!

Rios de cristal y plata me cercan murmuradores, aves que cantan amores escucho en torno de mi; me cubre de azul y grana de nubes rico tesoro... pero... *sus cabellos de oro* no los logro ver aquí!

Auras dulces y suaves cercan mi frente abrasada, auras que el alma angustiada aspira con loco afan; pero por más que los busco pero por más que lo imploro, *sus lindos cabellos de oro* jamás á mi lado están!

Arboledas pintorescas cuya sombra apetece, halagan el alma mia con su risueño verdor; y veo bellas, tan bellas como las huris del moro... pero *sus cabellos de oro* no los encuentra mi amor!

Ensenadas deliciosas admiro aquí en las marjnas que con sus velas latinas surcan cien barcas y cien; y suspiros de mi alma brotan al par de mi lloro, porque... *sus cabellos de oro* no los veo en este Edem!

Oh! quién pudiera un momento tener de dicha y consuelo admirando en este suelo á mi eterna adoracion; y ver su pálida frente cuya ausencia aquí deploro, y ver... *sus cabellos de oro*, cabellos que de ángel son!

Dulces auras deliciosas que me alhagásteis un dia, céfiros de Andalucia de aromático benjol, volad... traedme el aroma de la cabeza que adoro... yá que *sus cabellos de oro* no los encuentro yo aquí!

Venid auras... y si el ángel de mis eternos amores no se halla ya entre las flores donde nació mi pasion, venid á mi voladoras, venid sin nada á esta tierra y.. llevadle á la Inglaterra mi latente corazon!!

Coruña.—1855.

B. Vicetto.

GALICIA GEOLOGICA.

Tierra en general.—Terrenos geológicos: terrenos primitivos: terrenos secundarios: terrenos de transicion: terrenos terciarios: terrenos de acarreo: terrenos volcánicos.—Suelo y subsuelo.—Tierras básicas.

VIII.

TERRENOS VOLCÁNICOS.

Pueden ser todos los anteriores, trastornados en su posicion natural, y alterados en su estructura por la fusion al fuego de los volcanes, hoy apagados ó en actividad. Ordinariamente las rocas primitivas, como las más profundas, son las que sufren únicamente esa alteracion, las que constituyen casi siempre, así alteradas, esos *terrenos de fusion*, tan admirablemente fértiles cuando se descomponen en suelos arables.

Sus montes son cónicos, sin crestas, ofrecen vestigios de las bocas por donde ha salido la masa interior fundida, que se ha vertido en capas sobre la otra exterior, con el nombre de *lava*, ó que ha sido lanzada á lo lejos en piedras pomez tan duras como ligeras; además siempre dejan percibir combinaciones sulfurosas en medio del trastorno general. A Galicia no sabemos le haya correspondido ningun terreno volcánico, no siéndolo el piroxénico de que hemos hecho mencion; estos terrenos por otra parte son naturalmente raros, estan limitados á muy pequeñas comarcas.

IX.

SUELO Y SUBSUELO, —TIERRAS BÁSICAS.

Además de las grandes catástrofes que ha sufrido

do nuestro globo ya por el fuego, ya por el agua, todos los días, aunque lenta é insensiblemente, los terrenos geológicos están experimentando cambios, descomposiciones, transportes, á consecuencia de los cuales la superficie terrestre muda de aspecto y naturaleza, haciéndose más ó ménos apta para el cultivo.

El agua líquida disuelve y roza las rocas, en vapor separa particillas de ellas con su empuje, en hielo ocupando más espacio las desmenuza, cargadas de ácidos ó de sales descompone químicamente una ú otra peña. El aire en unión con el agua cede oxígeno al elemento oxidable ó poco oxidado de la roca, el cual aumentado de volúmen se desprende, y sirve de palanca para hacer saltar los pedacillos contiguos, que tal vez el mismo aire, en forma de viento, transporta lejos de allí en remolinos. El calórico dilata las rocas como todos los cuerpos; sus aprtes exteriores, que son las que más reciben, se dilatan más y se rompen como el vidrio al fuego. La electricidad y las acciones físicas y químicas, por ella ó por otras causas puestas en juego, concurren á desmenuzar las peñas, reduciéndolas insensiblemente al polvo llamado tierra.

Las plantas contribuyen á la pulverización de las rocas, que primero desnudas y estériles, se cubren de líquenes pegados á ellas como costras, despues de musgos cuyas raíces se introducen en los poros, más tarde de otros vegetales cada vez mayores, que en los despojos de los antecedentes hallan alimento bastante, y todos ellos con sus raíces, cada vez más fuertes, disgregan fragmentos de la roca, que caen en torno confundidos con restos de los vegetales allí nacidos, y de los animales que en ellos anidaron.

Los animales, hasta el más vil insecto, obran contra las rocas á pesar de su dureza, y el hombre, especialmente, desquiciándolas, arrancándolas, quebrantándolas y despues mezclando por las labores su detritus con otros ó con sustancias orgánicas corrompidas, ha hecho y hace diariamente que el terreno geológico más compacto pase á ser una excelente tierra, capaz de abundantes producciones vegetales.

Las piedras pues y la tierra son de la misma naturaleza; las piedras son tierras solidificadas, la tierra piedras desechas que tienen mezclados residuos de vegetales y animales. El «tu eres polvo» con viene, del mismo modo que al hombre, á los más duros peñascos.

A consecuencia de todas esas fuerzas, que trabajaron y trabajan contra los materiales sólidos de nuestro globo, vemos en el terreno agrícola, es decir en cada extensión limitada de un terreno geológico, una capa superficial pulverulenta de más ó ménos espesor, debajo de la cual existe roca aun viva, ó bien otra ú otras especies de tierras distintas de la primera, y situadas entre ella y la roca profunda.

A la capa superficial desmenuzable que los instrumentos remueven, las raíces penetran y las influencias atmosféricas fertilizan, se la llama *suelo*. Su espesor varia según la mayor ó menor cantidad de despojo de rocas, y de restos orgánicos depositados en el terreno dado.

Llamamos *subsuelo* á la capa que está debajo

del suelo y es de distinta naturaleza que él, ya sea de tierra, ya de roca. Algunos nombran *subsuelo* á la capa á que no llegan las raíces, ni tocan los instrumentos, pero como estos y aquellas pueden penetrar según su clase más ó ménos, queda la idea del *subsuelo* incierta, variando él á cada paso.

Cuando en un suelo profundo haya que atender á la capa que se remueve, y á la que se deja quieta, bastará llamar á esta *suelo inactivo*, por que lo es en efecto mientras no toma parte en la vegetación, y á la parte más superficial *suelo activo*, en atención á que en él se verifican todas las reacciones entre el suelo y el cielo, indispensables para el desarrollo vegetal.

Los depósitos del detritus de las rocas y de los restos vegetales y animales que han contribuido á la formación de un terreno, deben ser de la misma naturaleza que los terrenos geológicos y los sées orgánicos de que provienen. Las colinas calizas deben haber producido á sus piés terrenos calizos, las montañas graníticas deben estar rodeadas de suelos compuestos de los elementos del granito.

Y aunque esto es cierto en general, á tal punto que el conocimiento del terreno geológico sirve para conocer de una manera absoluta la naturaleza del suelo y *subsuelo* de un terreno agrícola, no obstante es muy común encontrar de ménos en él principios esenciales de las rocas corroidas y de los sées orgánicos descompuestos, y tampoco no es raro encontrar de más otros elementos que faltan del todo en dichas rocas.

Nace lo primero de que no todos esos elementos tienen el mismo peso específico, la misma movilidad, la misma solubilidad en el agua, de suerte que aun estando pulverizados al mismo grado, lo que nunca sucede, por su diverso peso unos se quedan cerca de las rocas, y otros, en razón de su lijereza, son llevados lejos por los vientos ó por las aguas, ó en razón de su solubilidad, van con estas á parar á los ríos y á los mares, ó á introducirse en las partes más profundas del terreno; así el feldespato descompuesto pierde su potasa y queda el kaolin infusible.

De la misma manera la presencia de elementos inesperados se deba á un transporte, antiguo ó moderno, natural ó artificial, desde terrenos geológicos superiores ó distantes, y á veces á un trastorno entre las capas inferiores y las superiores, ocasionado por un terremoto ú otra causa meteorológica, ó por el trabajo humano.

Cualquiera que sea sin embargo la variedad de elementos minerales ú orgánicos que concurren á la formación de un terreno agrícola, y cualquiera que sea su proporción relativa, están comprendidos entre estos: la *silice* base del pedernal, la *alúmina* base del barro, la *cal* base de las conchas, la *magnesia* base de las piedras untuosas, la *potasa* de las cenizas de vegetales terrestres, la *sosa* de la ceniza de vegetales marítimos, el *hierro* oxidado, el *manganoso* tambien oxidado, el oro algunas veces, el *azufre* puro ó combinado, el *amoníaco* siempre en combinación, y por último el *humus* resultado de la descomposición de los vegetales y animales muertos, hasta el punto de formar una especie de tierra negra.

(Se concluirá).

J. M. Gil.

LA BARONESA DE FRIGE.

III.

Un Mendizábal.

—Bonito! bonito andaría todo, por San Genaro!
—Mejor y mejor que hoy: los males de la política nacional están en el clero: el clero es el foco de todo mal político: mientras él palpita como elemento en nuestro cuerpo político, él sostendrá siempre en pugna el derecho teocrático con el derecho civil.

—Váyase V. de aquí!... Fuera! fuera! —exclamó el abad no pudiendo soportar mi filosofía —yo le escribiré hoy á la señorita Piedad para que despida á V. por herege!

—Y yo le escribiré también, señor abad, para que venda á San Genaro de Umbar.

—Veremos quién vence!

—Veremos!

Y salí.

IV.

Primer rasgo de un carácter.

Al llegar á mi habitación me puse á escribir á la baronesa mi señora: le manifesté con claridad el estado financiero de su casa, la fatalidad que había de realizar empréstito alguno, y la conveniencia de vender al médico la abadía de Umbar, puesto que no era de utilidad para la baronía, y si una carga.

Atrevido era mi pensamiento teniendo en contra al abad; pero no sé qué fuerza de razón me impulsaba á manifestárselo á la joven baronesa.

No tenía idea ninguna de su carácter; ningún rasgo; nada más que lo de *ángel-demonio* que había indicado el abad; —y deseaba ardientemente recibir contestación de mi carta para ver si me las iba á haber con un ser vulgar ó distinguidamente elevado.

Aquella situación en que me veía colocado, empezaba á interesarme vivamente. Empezaba á ver la sociedad de di-tinta manera que hasta allí; —ya no la veía desde la altura de conde de Amarante, de arriba abajo; sino desde mi humildad de administrador de una baronía, desde abajo arriba. Las personas ya no me *adulaban* servil é hipócritamente como ántes y se me presentaban en toda su horrible desnudez moral: —la sociedad tiene tan distintos puntos de vista como distintas son las situaciones de las personas que la contemplan.

Pedro el Grande, trabajando de carpintero en los astilleros de Holanda, adquiría más conocimiento de las personas y las cosas que desde su trono de emperador de las Rusias: —mi incógnito, pues empezaba á satisfacerme, interesándome las eventualidades de mi nueva vida, sus primeras ondas de luz y sombra.

Esperé algunos días la decisión de la joven baronesa con la mayor ansiedad, pero pasaban y pasaban sin recibir contestación alguna.

En cambio, una mañana, ví que desde la casa rectoral arrojaban al aire multitud de cohetes en señal de la mayor alegría.

Pregunté á un criado porque eran aquellas muestras de regocijo en casa del señor abad de Frige, y me contestó:

—¡Ay señor! es que el señor abad recibió carta de la señora de Madrid... y le dice que de ningún modo se venda la abadía de San Genaro de Umbar. Yo me quedé atorado.

El abad vence.

Piedad venia á ser á mis ojos un ser vulgar, exclusivo de las más estúpidas preocupaciones.

—Aun hay más —siguió diciendo el criado— dice la carta de la señora baronesa al señor abad, que éste reprenda á V. por haber tenido tan mal pensamiento, pero que no le despida de Frige como administrador puesto que no hay causa para tanto.

Cada palabra del criado me zumbaba en los oídos siniestramente. Apenas concebía mi inteligencia el sentido que encerraban. Solo me ocupaba un pensamiento, el de que estaba vencido, en una lucha inabordable.

Me quedé por algunos momentos muy abismado en estas reflexiones, y al cabo me asaltó una duda, duda que se aferró en mi inteligencia con pasmosa tenacidad. ¡Si la baronesa habría recibido mi carta! Tal era la duda.

Y tanto más se arraigaba en mi esta duda cuanto que el peaton de Frige era á la vez criado del cura, y era muy posible que, cuanto yo había escrito á mi señora, el vengativo abad, apoderándose de la carta, lo hubiera desvanecido en humo.

Bajo la presión, no ya de la duda, sino de la evidencia, volví á escribir á la baronesa, remitiéndole á la vez copia de mi primera carta; —y en seguida montando á caballo, me lancé á escape á Corcubion para certificar el pliego que dirigía nuevamente á Madrid.

De regreso á la baronía mi ansiedad era inmensa á cada instante por ver lo que me contestaría directamente la joven baronesa; —y en mi impaciencia, invocaba al Tiempo, no para que pasara porque el tiempo no pasa, sino para que si fuera posible redoblara la tierra sus movimientos de rotación y traslación en él y el espacio.

Efectivamente, como si la *gran existencia en que toda existencia existe* se dignara intervenir en las cosas humanas, á los dos días, ó sean dos movimientos de rotación de la tierra, recibí un telégrama de la baronesa que decía lo siguiente:

«No recibí carta. Convencen razones. Venda Umbar Mendizábal. Poderes correo hoy.»

Quando leí el telégrama, lo volví á leer y releer con indecible gozo. Me parecía que las palabras las habían escrito con letras de brillantes... Piedad aparecía en mi imaginación como la soñaba...! Piedad ya no era un ideal oscuro, era un ideal rosa.

Y traducía así el lenguaje telegráfico de la joven baronesa:

«No había recibido la carta de V. Me convencen sus razones: venda V. á Umbar, mi Mendizábal. Poderes por el correo de hoy.»

Yo bien hubiera debido mandar arrojar al aire mil y mil voladores para devolvérselos al abad con más alegría; pero más noble que él, monté á caballo y me dirigí á Lires en busca del médico para participarle tan buena nueva.

El doctor la recibió con agrado diciéndome que estaba pronto á dar los cinco mil duros por Umbar, ántes que otro ofreciera más, —y convenimos en esperar el correo que traía los poderes de la baronesa para realizar la venta.

Regresé á Frige muy satisfecho. Iba á ganar la baronesa con mi administración, el Estado y el país. La primera tendría recursos con que no contaba, el Estado tendría un contribuyente más para sus cargas, y el país, con aquel centro industrial, tendría donde ocupar la actividad y la inteligencia de sus hijos, adquiriendo pan para vivir. Era una obra altamente beneficiosa convertir en centro de vida aquel centro de muerte; transformar aquel edificio en una cosa

de utilidad general en vez de ser una cosa estéril como era.

Llegó la carta de la baronesa, mandándome los poderes, y la lei con avidez.

Decía así:

«Si hubiera recibido la carta de V. á su tiempo, no habria contestado al señor abad de Frige lo que le contesté. Las razones en que V. se apoya para vender la abadía son tan convincentes que, aunque no necesitara dinero como lo necesito por la muerte de mamá y por lo cara que es la vida en Madrid, no vacilaría en mandar los poderes como los mando.

«Espero por momentos letra por el valor de Umbar; y si se le presentan á V. contrariedades para la venta, sálvelas V. con decision, pues yo no participo de los escrúpulos del abad respecto á ciertas tradiciones, por venerandas que sean para algunos.»

Satisfecho de todo, al acabar de leer la carta de mi señora, corrí á Lires; pero ¡oh asombro! el doctor habia mudado de parecer, y reusaba comprar la finca

Me quedé helado.

El abad de Frige me volvía á vencer otra vez.

Al regresar á la baronía me sentia como enfermo: si daño, si impresion fatal me habian hecho los cohetes, mayor impresion me hacia la renuncia del doctor, trabajado por las influencias clericales.

Mandé correr la voz de la venta de la abadía; puse propios á Cê, Corcubion, Mugia, Camariñas, Vimianzó, Dumbria, á todos los puntos importantes de la costa; pero pasaban dos dias, la baronesa necesitaba recursos, y nadie se presentaba.

Era que á la vez que yo anunciaba la venta, el abad y el coadjutor de Frige escribian á todos los párrocos para que influyeran en el ánimo de sus feligreses que no la comprasen porque serían excomulgados.

Estaba derrotado...! Las influencias neas me vencian!

Contrariado con tanta injusticia, escribí al doctor de Amarante para que siguiera al pié de la letra las instrucciones que yo le daba con objeto de vencer á la clericalia, como al fin la vencí.

En efecto, á los pocos dias se presentó en la baronía una persona de confianza del doctor de Amarante, visitó la abadía de Umbar, dijo que le convenia comprarla, y la compró.

A los tres dias, escribí á la jóven baronesa remitiéndole letra sobre Madrid por valor de cinco mil pesos.

V.

Una ama de cura.

Despues de las emociones que agitaran mi espíritu en la contienda con la rectoría de Frige, sobre la venta de la abadía de Umbar, me quedé en un estado de aburrimiento indecible.

Ya no habia lucha, y por consiguiente no sentia, y sentir es vivir.

Empezé á conocer que mi inteligencia no se evidenciaba por la vida exterior sino por la lucha y para la lucha. Era preciso que una pasión, cualquiera que fuera, llenára mi alma y la conmoviera: sin esto, mi vida se deslizaría lánguida y sedentaria. Comprendía en toda su magestad la vida de Jesucristo, su lucha contra lo que creía imposible, y el sacrificio de su muerte por su amor á la humanidad. ¡Esos hombres con esas grandes pasiones, me admiran cada vez más; derribar, destruir toda una sociedad corrompida por el politeísmo fundando la religion de un solo Padre, era una empresa superior para un hombre de

ciencia cuanto más para un hijo de un pobre carpintero de Nazareth. Es verdad que la religion que fundára no era una religion científica sino social, cuyas grandes máximas se comprenden sencillamente por las almas buenas; pero de todas las religiones conocidas, ninguna más humanamente divina, ninguna más fraternal. La religion de aquel grande hombre que hizo del pobre nuestro hermano, aún cuando no tuviera sino esto, bastaba para elevarla sobre todas. Pero ¡cómo se bastardeó esta doctrina por el catolicismo! fatalmente: amando al prójimo *contra una esquiná!*—Jesucristo cuanto tenia era de los pobres: jamás vistió oro y seda. En cambio los obispos levantaron palacios para sí y vistieron oro y seda; lo que distaba mucho de las máximas del mártir del Gólgota. Pero ¿a qué proseguir? yo, en la necesidad de tener una religion para vivir en la sociedad, era cristiano, pero no católico. Cuanto el cristianismo me admiraba y se adhería á mi espíritu, cuanto el catolicismo repugnaba á mi inteligencia, porque no veía en él sino un medio de vivir, á costa del trabajo de los demás, una clericalia soberbia y holgazana.

Algunas manifestaciones que hacia libremente en este sentido, me acarrearon la doble persecucion de los neos; se me miraba con prevencion hasta por los aldeanos! Tal es la sumision en que viven respecto á la dominacion de los párrocos rurales!

Como nada me importa aquella hostilidad de la gente estúpida, vivia despreocupadamente devolviendo desprecio por desprecio; y despues de mis ocupaciones diarias de administracion, cogia mi escopeta Lafauchet, y recorria el país en distintas direcciones, distrayéndome mucho con las particularidades de la caza.

Algunas veces, tambien estas distracciones tomaban diversa forma; pues al acercarme á orillas del mar, me metía en un bote y surcaba el océano frente aquel cabo de Finisterre que, segun la hermosa expresion de Plinio, *divide los cielos, las tierras, y los mares.*

Aquellas soledades, sin embargo, se me iban haciendo insufribles como las de Amarante, y pensé en la vida de Madrid ó de Paris.

Pero esta aspiracion vaga, entónces, se desvaneció por fin, conociendo que lo que me aburría, no era vivir lejos de tal ó cual punto, sino la falta de mi vida de pasión, la falta de algo que conmoviera mi corazón, ávido de volver á latir como latiera ántes, al calor de una muger amada.

En una de mis correrías por Ozon, La O y Leis, se me acercó una vez un chicuelo de Frige, y me dijo:

—Señor German, la señora Berta me manda junto á V., sin que lo sepa nadie, para decirle que le espera hoy al anochecer cerca de la encrucijada de la Puentenova, pues tiene que contarle una cosa reservada.

La señora Berta era el ama del abad de Frige.

¿Que me quería? Tal vez el abad continuaba armandome celadas y la buena del ama, compasiva conmigo, quería prevenirme para evitar alguna desgracia.

Al caer la tarde tomé la orilla del rio del Castro, y me dirigí hácia la encrucijada de Ponte Nova.

Cerraba ya la noche cuando llegué al paraje de la cita, y un bulto como de muger se determinó en las sombras del puente.

Era la señora Berta.

—Qué hay...? qué ocurre?—le pregunté al ama del cura.

—Nada...—tartamudeó Berta cogiéndome una mano con interés—hace ya tanto tiempo que no le veía á V., señor German... que quise verlo.

(Se continuará.)